

raúl rodríguez freire

**La necesidad de la contienda. A propósito de *La pugna secreta. Conformación del espacio de los estudios literarios hispanoamericanos*, de Clara Parra Triana**

The need to dispute. Speaking of *La pugna secreta. Conformación del espacio de los estudios literarios hispanoamericanos*, by Clara Parra Triana

A necessidade da contenda. A proposito de *La pugna secreta. Conformación del espacio de los estudios literarios hispanoamericanos*, de Clara Parra Triana

Bogotá: Universidad Santo Tomás, 2013. 181 págs.

raúl rodríguez freire es profesor asociado de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, Chile. Doctor en Literatura, Universidad de Chile. Ha publicado la compilación *La (re)vuelta de los estudios subalternos: una cartografía a (des)tiempo* (IAAM, 2011, Universidad del Cauca, 2013) y editado, con Andrés Maximiliano Tello, *Descampado. Ensayos sobre las contiendas universitarias* (Sangría, 2012). También tradujo y editó, junto a Mary Luz Estupiñán, *Una literatura en los trópicos. Ensayos de Silviano Santiago* (Escaparate, 2012). Bajo su firma, publicó además una edición crítica dedicada a la obra de Roberto Bolaño, titulada “*Fuera de quicio*”. *Bolaño en el tiempo de sus espectros* (Ripio, 2012). Por último, actualmente se encuentra co-coordinado *Crítica literaria y teoría cultural en América Latina. Para una antología del siglo XX*, que será publicado por Ediciones Universitarias de Valparaíso. Correo electrónico: rodriguezfreire@gmail.com

El presente texto forma parte del proyecto postdoctoral “Del género humano al capital humano: una arqueología de las humanidades en Chile”, financiado por Fondecyt-Chile (3130597).

Documento accesible en línea desde la siguiente dirección: <http://revistas.javeriana.edu.co>

doi:10.11144/Javeriana.CL18-36.ncpp

**Cómo citar esta crítica:**

Rodríguez Freire, Raúl. “La necesidad de la contienda”. Crítica de *La pugna secreta. Conformación del espacio de los estudios literarios hispanoamericanos*, de Clara Parra Triana. *Cuadernos de Literatura* 18.36 (2014): 379-387. <http://dx.doi.org/10.11144/Javeriana.CL18-36.ncpp>



QUISIERA COMENZAR ESTE pequeño comentario de *La pugna secreta* con una cita de Borges, pues, de cierta manera, contiene el tono de lo que también podría ser este libro. Se trata de unas palabras que tomo de su diálogo con Osvaldo Ferrari, particularmente del momento en que el escritor se refiere a la importancia de Alfonso Reyes: “actualmente”, dice el autor de *Ficciones*, “noto que se piensa en la publicidad, o se piensa, más bien, en la escritura como un medio de llegar a la publicidad, a la promoción. Ocurre eso; parece increíble —otras épocas no lo entenderán—, pero ahora ocurre eso” (Borges y Ferrari 102). Luego, Borges pasa a recordar la respuesta de Reyes ante el enigma de la publicación: “Publicamos para no pasarnos la vida corrigiendo los borradores’. Es decir”, agrega Borges, “uno publica un libro para librarse de él” (102).

Distante de la publicidad, dado que es el producto de una tesis doctoral, *La pugna secreta* se ha librado de Clara Parra, su autora, aunque es muy dable pensar que más bien ha sido ella quien, publicándolo, se ha librado de este libro... y aquí quisiera detenerme un momento, permanecer un instante en la frase que suplementa Borges, esa que supuestamente dijo Reyes, pues es probable o posible que haya sido inventada, tal vez imaginada, o por lo menos modificada, pues es cierto que Reyes, escribiendo sobre el perfeccionismo de Góngora, señaló: “esto es lo malo de no hacer imprimir las obras: que se va la vida en rehacerlas”, una sentencia, por cierto, que hace de epígrafe en *Discusión*. Como sea, me interesa por ahora ese injerto mediante el cual Borges inscribe dos palabras que se encuentran unidas por la etimología y que sorprenden por su inextricable comunión: “librado” y “libro”. Ambas palabras tienen su origen, según nos lo refiere el maravilloso diccionario de Corominas y Pascual, en la palabra latina *liber*, de manera que libro se emparenta con libertad, la misma que, según leemos en el libro que comentamos, Alfonso Reyes quiso inscribir en la cultura latinoamericana, librándonos del positivismo decimonónico. Es cierto que *liber* es un término que fue duplicado llevándose-lo a la botánica, dado que también significa la “parte interior de la corteza de las arboles”, esa que los romanos, imitando a los egipcios, emplearon para producir papel. Me gustaría imaginar que *liber* fue deslizado hacia este ámbito, porque la hoja extraída de los árboles libró a los herederos de Cicerón del suplicio que debe haber implicado el escribir sobre hojas de palma. Por otra parte, el libro en forma de códice, esto es, un conjunto de hojas cosidas y empastadas en piel o madera, también debe haber librado a los lectores del papiro egipcio, que por lo general se lo encontraba enrollado. Por mi parte, imagino el día en que el libro nos libere de la tiranía del *paper* y su indexación, ficción de calidad, pero esto depende de la fuerza que tengamos para retomar la libertad estética por la que lucharon Henríquez Ureña, Mariátegui y Reyes, el triunvirato al centro de *La pugna secreta*.

(Aunque se recomienda no confundir, me regocija percibir que libro y libertad, a pesar de no tener la misma raíz, la misma y exacta raíz, por lo menos deben estar emparentadas con “libación”, que viene de *libàre*: probar, catar, “ofrecer en libación a los dioses”, en otras palabras, fiesta... Libertad, libro, libación, términos que en algún momento de la historia determinaron una cierta mirada de la cultura, la misma que Nietzsche encontró en Dionisio y que nosotros deberíamos defender si efectivamente deseamos un pensamiento democrático y, por qué no, también *libidinal*).

Antes de entrar en el libro, debo señalar que la crítica que se trabaja en *La pugna secreta*, en particular la de Henríquez Ureña y Reyes, es heredera directa del arielismo propugnado por Rodó, dedicado a la juventud de América. Pero mi lengua es otra, heterogénea tanto de la de su heredero Calibán como de la del mismo Ariel. Lo es fundamentalmente porque mi tiempo, y la forma en que leo mi tiempo, no tiene garantías y al no tenerlas, no puedo confiar en términos como conciencia, expresión, autonomía, pensamiento propio, y otros que son, aunque no se lo perciba, aunque creamos que constituyen nuestras armas, manifestación directa de la violencia con que la metafísica occidental gobierna todavía en el siglo XXI. En otras palabras, son parte de lo que Derrida llamó acertadamente falocentrismo, por lo que su deconstrucción, en esto que todavía llamamos Latinoamérica, es un proyecto intelectual de cuyo retraso no podemos participar, más bien deberíamos de contribuir a su advenimiento. Una tarea tal conlleva indefectiblemente la revisión de la historia intelectual que atravesó el siglo XX y alcanza lo que va del que ahora habitamos, cuando no la historia intelectual toda, más allá de occidente, por supuesto. Este ejercicio nos permitirá ver cómo otros ya han encarado, aunque no se lo crea, desafíos similares a los que enfrentamos hoy, pues la historia puede repetirse sin ningún problema como tragedia. En este sentido, a pesar de su lengua, veremos que *La pugna secreta* también es un libro del que podemos aprender y no poco, un libro que leyéndolo a contrapelo, si se quiere puede suministrarnos algo así como el nitrato de la pólvora, es decir, esa parte de la fuerza que las humanidades necesitan para avanzar desde el silencioso combate en el que todavía se encuentran, hacia la contienda abierta y sin condición, pues solo así, creo, podremos develar el simulacro de los saberes que hoy se imponen en nombre de su rentabilidad, que no de su relevancia, marginando a todo pensamiento efectivo y crítico, marginando a todos aquellos que como la autora de este libro, hacen de su trabajo no un trabajo, sino una pasión, cuando no un modo de vida. “Ya el hecho de trabajar es una felicidad”, le decía el viejo Borges al filósofo Tomás Abraham, refiriendo por trabajo no otra cosa que la lectura.

Bueno, cinco capítulos articulan un recorrido que, no obstante, me gustaría dividir con tal de centrar la mirada en lo que creo es uno de los puntos centrales

de *La pugna secreta*, y que, por tanto, podría ayudarnos a enfrentar nuestro aciago presente. Posiblemente se encuentren otras líneas o recorridos, pero mi lectura, o mi interés, me llevó a resaltar estos dos. Por una parte, encontramos la respuesta del mencionado triunvirato al positivismo en aquellos años reinante, una respuesta con resultados triunfantes, aunque no fáciles de mantener, pero que así y todo logró inscribir una topografía literaria moderna y modernizante, si se me permite la distinción, en América Latina. Por otra parte, una vez establecido el piso o la base para el ejercicio de la crítica y la teoría literaria, el segundo recorrido entrega los conceptos y las propuestas de lectura, en otras palabras, da cuenta de su estructura. El libro todo no hace esta diferenciación, por lo menos no de manera tan tajante, pues cada capítulo entrega materiales para estos y muy posiblemente también para otros recorridos, pero, a riesgo de reducir su contenido, me gustaría centrarme en el primero, dado que es en él donde creo que podemos encontrar, incluso descubrir, cuando no inventar, insumos para nuestra propia y contemporánea respuesta.

No obstante, previo al acercamiento de mi interés, es necesario establecer el lugar desde el cual la autora se posiciona en y a través de su trabajo. Ello porque, luego de la crítica feminista y postcolonial, el lugar de enunciación cobró relevancia insoslayable:

Propongo en esta investigación superar las dificultades que ha traído la vieja polémica sobre si se debe hablar de estudios literarios *para* Hispanoamérica, estudios literarios *de* Hispanoamérica, o estudios literarios *sobre* Hispanoamérica, considerando más preciso y significativo el hecho de que las reflexiones literarias en las obras de nuestros pensadores se suman a las muestras de *pensamiento crítico que se desarrolla en Hispanoamérica*, el cual aborda tanto problemáticas propias del subcontinente como temas y problemas de otras latitudes con la misma lucidez y suficiencia analítica. (16)

Henríquez Ureña, Mariátegui y Reyes, nos muestra *La pugna secreta*, vuelven imposible el intento o el deseo de cierta crítica contemporánea, que quiere reemplazar a Hegel por Gloria Anzaldúa, obliterando que el prefijo *de-*, de decolonial, no existiría sin el *de-*, de la deconstrucción derrideana. Junto a un insoslayable trabajo con la historia que cada uno desarrolla a su manera, un trabajo que tampoco hoy debiéramos dejar de lado si queremos comprender nuestro lugar, el marxismo de Mariátegui, el ineludible helenismo de Reyes o el ensayismo estadounidense del que bebió Henríquez Ureña nos hablan de un cosmopolitismo que Clara Parra no duda en resaltar como una de las principales características de estos críticos, que hicieron frente con sus vastas lecturas al provincianismo localista imperante en sus años de juventud, dado que “la ‘nación’

ya no era para ellos un lugar de enunciación completamente seguro; los jóvenes rechazaron la idea de que esta pudiera ser una categoría absolutamente identitaria, pues partieron por intervenir su realidad inmediata, sus mitos, carencias y limitaciones” (33).

Ahora bien, cuando ellos comienzan a escribir, es todavía un proyecto la autonomía intelectual latinoamericana, pues basta pensar en la arquitectura neoclásica con que se celebraron los múltiples centenarios independentistas para imaginar el peso de la tradición europea en estos lares del globo. La tarea de un espacio intelectual reglado por su propia gente no era menor. Por ello se nos recuerda que “el giro esencial para que la autonomía intelectual de Hispanoamérica fuera posible lo llevan a cabo los hombres de letras que se profesionalizan provocando un crecimiento significativo tanto del público como de la función de las letras a nivel social” (23). Es la literatura entonces la primera que arriesgará su fuerza en esta epopeya, es la literatura, que ha sido expulsada del parnaso gracias a la modernización capitalista (36), la que inventará al intelectual latinoamericano moderno. Por ello es que más tarde serán llamados los antipositivistas, que articulándose además a la filosofía y a la educación popular, logran realizar la fundacional y más importante reinterpretación crítica de la historia americana (25).

A la obra de estos tres pensadores se la conoce como “la tradición de la crítica literaria en Hispanoamérica”, por ser en ella en donde se encuentran los primeros planteamientos modernos de carácter teórico, conceptual, metodológico y crítico. Cuando digo modernos, enfatizo en el hecho de que en sus proyectos se observa el posicionamiento de conciencia intelectual e histórica que busca definir como disciplina autónoma y legítima los estudios literarios (26).

A pesar de este trabajo común, es necesario señalar, empero, que la escritura y los intereses de estos pensadores no son homogéneos y es por ello que logran un espacio que inscribe los estudios literarios en un lugar preponderante del pensamiento latinoamericano. Si bien nunca de manera estable, con Henríquez Ureña centrado en la literatura, Reyes en el lenguaje y Mariátegui en el colonialismo cultural, lo que aquí tenemos es un vasto corpus por el que deberá pasar toda la crítica latinoamericana que les sucederá, un corpus que fue adquiriendo su potencia mediante “actos [que] se ven integrados a proyectos colectivos que ponen en marcha estrategias de existencia, congregación, visibilidad e institucionalización” (33), actos que responden a los nombres del Ateneo (1906-1914) y *Amauta* (1926-1930), respectivamente, una asociación y una revista. La primera tenía como objetivo realizar una crítica radical a la filosofía positivista que se encontraba al centro de los llamados científicos, el grupo de políticos, seudointelectuales y comerciantes que asesoró a Porfirio Díaz, mientras la segunda,

“plataforma intelectual y conciencia colectiva” (49), fue una revista de presencia continental, la más importante de su época, que logró poner en circulación el pensamiento de vanguardia que se daba en el primer tercio del siglo XX (como el psicoanálisis, el cubismo y el indigenismo), con el fin de contribuir a una literatura revolucionaria:

Los intelectuales que participaron en el proyecto cultural que encarnaba la revista *Amauta*, de una u otra forma coincidían con la idea de que la revolución tenía sus bases en la creación, y esta se encontraba por excelencia en las expresiones más libres que había podido alcanzar la humanidad, es decir, en el arte y la literatura; en este sentido actuaba como el gran motor renovador y revolucionario para tal despertar de conciencia. (54)

Desde *Amauta*, nos recuerda Parra, Mariátegui fue un gran impulsor del lugar político del arte y de la literatura en particular, pero no de manera abstracta, sino situando su política estética junto a la educación popular y haciendo que en ambas se reconociera y manifestara la irreductible heterogeneidad cultural del Perú: “La postura intelectual de Mariátegui y en extensión de *Amauta* fue la de generar discusiones de largo aliento, coherentes con la pluralidad de realidades indo-íbero americanas, en las que las relaciones entre arte, literatura y política fueran un eje creador y crítico, no reivindicativo” (55).

En este punto debiéramos celebrar a Mariátegui, que escribe y piensa así, precisamente en el momento en que el formalismo ruso y la nueva crítica estadounidense reducían la teoría al estudio de una esencia bautizada por Roman Jakobson como literariedad. En cuanto al Ateneo, siempre tuvo un carácter eminentemente político, al poner el saber al servicio de la democracia, distanciándose así del modelo literario que terminó favoreciendo el modernismo, luego de la muerte de Martí, por supuesto. El grupo mexicano “denunció la engañosa paz que experimentaba el país, en detrimento de las clases populares en las que el hambre y el analfabetismo eran comunes, mientras que las clases acomodadas gozaban de los beneficios de una plutocracia que las favorecía” (41). Pero de sus distintas actividades, creo que una de las más importantes fue la fundación de la Universidad Popular en 1912, un proyecto gratuito que vehiculizaba su idea de la educación popular, la que, por cierto, no consistía en reducir las exigencias ni los niveles de la enseñanza, como vemos que hoy se hace prácticamente en todo el orbe, a cambio de la masificación. Por el contrario, como señala la autora, “Henríquez Ureña, a nombre de sus compañeros ateneístas, hace evidente la necesidad de la educación popular de calidad, que se diferenciara de la educación de élite que recordaba a la Edad Media en sus métodos, estructura y objetivos.

Al dogma positivista de las políticas educativas del porfiriato, los ateneístas le oponen ‘la fuerza espiritual’ de la crítica” (41-42).

Este punto articula a los tres intelectuales de *La pugna secreta*, al mostrar que la crítica fue, y lo sigue siendo, una herramienta o un dispositivo que incluso me atrevería a llamar de subjetivación, pues ella encarna la productividad, el cambio y el movimiento (119) que se necesitan para la democracia por-venir y esa crítica se adquiere en y con la literatura y su reflexión. Es más, de la lectura que he realizado, se desprende un estrecho vínculo, cuando no una relación esencial, entre crítica y ética, pues así es como leo la siguiente sentencia: “la crítica es para nuestros pensadores la estrategia para acercarse a la meta en la que la humanidad, por fin, se haga cargo de sí misma, en su complejidad, en su extrañeza” (74). En otras palabras, lo que aquí se resalta, lo que se nos muestra en esta lectura del Ateneo y de *Amauta*, es que la crítica, que el arte, es un elemento principal a la hora de luchar por un cambio social y ello, claro está, no poniendo la literatura al servicio de un programa, sino relevando la política que comporta todo proyecto estético que se aprecie de tal. Esto, visto desde el presente, que ya solo considera la cultura en términos de desarrollo (eufemismo que no refiere a otra cosa que a crecimiento económico), es un recordatorio de la importancia de nuestro trabajo, de la importancia de la literatura y de la crítica, que solo teóricamente pueden ser diferenciadas, como dice Parra que dijo Reyes.

Lo anterior, signo de una crisis, me lleva a señalar un último punto del recorrido que he intentado seguir, aunque lo haré, si bien no exclusivamente, a partir de Reyes, a quien me permito privilegiar, porque ya ha sido privilegiado por la autora. El punto en cuestión tiene que ver una vez más con la teoría y la crítica, con las humanidades. Adelantándose bastantes años a Barthes, el autor de *Libros y librerías en la antigüedad*, uno de sus textos que resiste sin mucho problema el paso del tiempo, señala que la crítica debe ser considerada un ejercicio creativo, pues al igual que el arte, también porta un *ethos*, una ética que da cuenta sin ambages de la imposibilidad de detener el sentido que la ciencia busca fijar. Mariátegui hizo lo propio cuando declaró: “traigo a la exégesis literaria todas mis pasiones e ideas políticas” (72), afirmación que no consiste, como acertadamente indica Parra, en ver lo que se quiere ver, sino en explicitar nuestros límites, pues toda escritura es siempre “un testimonio de parte” (54), como se indica en los *Siete ensayos de la realidad peruana*.

Estos pensadores son ante todo sujetos que se incluyen dentro del objeto en construcción (el objeto cultural-literario) que desean abordar. En sus obras atestigüamos, por un lado, la pérdida del hábito pretendidamente objetivo de

los estudios llamados científicos y, por el otro, la ganancia de subjetividad humanista (no por ello menos rigurosa) que cuestiona los códigos objetivistas que rodeaban al estudio literario como manifestación de una aclamada científicidad. (72)

El cuarto capítulo, dedicado a las formas críticas del pensamiento hispanoamericano, es, creo, el que mejor ilustra este punto, pues es en él donde el ensayo emerge como el registro que por excelencia vehiculiza lo que he venido relevando. El ensayo es la forma que permite señalar con seguridad la condición finita de lo que Auerbach, comentado a Montaigne, llamó la condición humana. Y el ensayo es entonces lo que le permite a Reyes afirmar que “el exceso de ambición científica” da como resultado “por sí solo un error científico” (85). Con esto se quiere recordar que no podemos escapar a nuestra subjetividad, que ella configura nuestra mirada y que reconociéndole esta capacidad es como la crítica podrá ser ejercida con mayor responsabilidad. No por nada Reyes definió, tentativamente, el ensayo como un centauro, con lo cual no se quiere referir a un engendro mitológico, sino a la imposibilidad de identificar con claridad el sentido, a la vez que se afirma una escritura y una subjetividad en constante devenir (133). Es más, la figuración centáurica de Reyes recuerda indefectiblemente la figura misma de Montaigne, quien luego de publicar la primera versión de sus escritos, decidió recorrer Italia, cómo no, a caballo. Así que es en aquel libro —que podemos considerar un verdadero acontecimiento— que Montaigne decidió no seguir corrigiendo (pero sí reescribiendo, aumentándolo), donde leemos: “el mundo es un perpetuo vaivén. Todo se mueve sin descanso [...] por el movimiento general y por el propio. La constancia misma no es otra cosa que un movimiento más lánguido. No puedo fijar mi objeto” (Montaigne 1201).

A veces pienso que el ensayo, que algunos han querido definir como el género principal de América Latina, es el antídoto contra la tendencia mecanicista y neopositivista que entonces como ahora gobierna la producción académica. Me lleva a ello la lectura de Reyes, no porque acepte sin crítica sus escritos, pues la verdad es que no muchas veces estoy de acuerdo con ellos, pero siempre admiro la belleza de su prosa. Digo que me lleva la lectura de Reyes a pensar en la potencia del ensayo, pues fue con esta forma discursiva que blandió su pluma contra la barbarie que impuso el porfiriato:

Un síntoma, solo en apariencia pequeño, de aquella descomposición de la cultura: se puso de moda, precisamente entre la clase media para quien aquel sistema escolar fue concebido, el considerar que había un cisma entre lo teó-

rico y lo práctico. La teoría era la mentira, la falsedad, y pertenecía a la era metafísica, si es que no a la teológica. La práctica era la realidad, la verdadera verdad. Expresión, todo ello, de una reacción contra la cultura, de un amor a la más baja ignorancia, aquella que se ignora a sí misma y en sí misma se acaricia y complace. Cuando una sociedad pierde su confianza en la cultura, retrocede hacia la barbarie con la velocidad de la luz. (47-48)

Estas palabras podrían perfectamente ser pronunciadas hoy, cuando la cultura, la lectura y la crítica, a juicio de nuestros estudiantes, producen sueño, pero ellos no se dan cuenta, como sí lo hicieron los surrealistas, de que la realidad que vivimos es un sueño producido por el anestesiante consumo. La *matrix* ya no necesita conectar cables a los cuerpos para apropiarse de nuestra energía. Le basta con entregarnos una tarjeta de crédito o un celular con Wi-Fi. La lectura bien podría ser el remedio para este mundo de ensoñación. Henríquez Ureña comprendió su fuerza, mas la redujo a distinguir “las calidades en las obras literarias” (76). Pero la lectura hace mucho más que eso. En verdad, si se alcanza el poder que guarda la lectura, distinguir a Coelho de Piglia es prácticamente irrelevante cuando comparamos este pobre ejercicio con la posibilidad de inventar otro mundo. El bello epígrafe del quinto y último capítulo así nos lo indica: “Atrevámonos a decir que el descubrimiento de América fue el resultado de algunos errores científicos, y algunos aciertos poéticos” (139). Reyes *dixit*.

Termino este comentario, instándoles, como Clara Parra lo ha hecho con nosotros, sus lectores, a inventarle mundos a este que se nos ha impuesto; atrevámonos a leer para que algún día podamos, por fin, despertar de esta pesadilla en la que vivimos y que nos hacen pasar por sueño.

### Obras citadas

Borges, Jorge Luis y Osvaldo Ferrari. *En diálogo*. Vol. 1. México: Siglo XXI, 1996.

Montaigne, Michel de. *Los ensayos*. Barcelona: Acantilado, 2005.

Reyes, Alfonso. *Cuestiones gongorinas*. México: FCE, 2005. Vol. 7 de *Obras completas*.